

## Fiesta de Dios Trinidad - Ciclo A

Sabemos por experiencia que hay personas que con su modo de mirar, de escuchar, de generar ambiente allí donde se encuentran, hacen que quienes compartimos con ellas saquemos lo mejor de nosotros mismos. Nos posibilitan *ser lo que somos*, quizá sin proponérselo, porque tienen la capacidad de **hacer lugar** para dejar ser. Y probablemente hayamos experimentado también que cuando podemos ir haciendo camino de mutua valoración y escucha, en reciprocidad, donde cada quien puede ser en libertad, sin necesidad de estar a la defensiva, es posible ir creciendo por dentro, revisar y rectificar si nos hemos equivocado, y ponernos de pie con confianza y dignidad.

Porque para hacernos sujetos de nuestra propia vida y tomarla en las manos, necesitamos reflejarnos unos a otros lo que somos en verdad. Es lo que descubrieron las mujeres, los pobres, los enfermos y tantos otros del evangelio al encontrarse con Jesús: que eran mucho más que las limitaciones, que los prejuicios, incluso que su pecado. Y lo que descubrió Jesús en el encuentro con ellos: la invitación de ser hermano de todos, a ensanchar fronteras, desde la experiencia profunda de ser amado por el Dios Abbá, amigo de la Vida.

Hoy celebramos a Dios como Trinidad, un Dios que lejos de estar solo y encerrado en sí mismo, es comunión en reciprocidad de vínculos que hacen ser al Padre, al Hijo y al Espíritu. Y que ha querido hacernos espacio, **hacer lugar** para que todo lo creado pueda existir y desplegarse.

En estos tiempos de crisis de nuestras relaciones y vínculos, donde nos cuesta vernos y reconocernos responsables de posibilitar una vida más humana, confesar nuestra fe en un Dios Trinitario puede ser una invitación a hacer lugar para que la vida pueda crecer con ternura y paciencia, para que pueda desplegar toda su creatividad.



Hacer lugar, al modo de Dios en Jesús, tiene que ver con darnos tiempo para partir de lo que cada uno y cada una tiene dentro, y ayudarnos a descubrirlo si no lo sabemos. Con ver y escuchar de tal modo que aquellas y aquellos que están acostumbrados a ser ninguneados e invisibles puedan reconectar con su dignidad, con sus sueños de vida, y colaborar, a partir de ellos, -y no de nuestras ideas-, para ir haciéndolos posibles. Hacer lugar nos exige también, salir de nuestros esquemas para mirar la realidad de otro modo, por fuera de lo que se pide para encajar con lo establecido. Hacer lugar renunciando a la pretensión de decidir por otros, de controlar e imponer avasallando las diferencias. Hacer lugar para que Dios sea Dios, siempre más grande, más compasivo, más liberador, más cercano que lo que podemos decir o pensar.

Qué sugerente y comprometido puede ser mirarnos como reflejos de un Dios comunión que se desvive por hacer lugar. Juntas y juntos podemos animarnos a vivir así, empezando desde lo pequeño.

Carina Furlotti